

Secreto Encanto

Cuentos de
GABRIELA MISTRAL
Ilustrados por Nicolás Candia



Planeta  Sostenible

Secreto Encanto

Cuentos de
GABRIELA MISTRAL
Ilustrados por Nicolás Candia

Secreto Encanto
Cuentos de Gabriela Mistral

Ilustraciones de Nicolás Candia
Prólogo de Oriana Victoria Mondaca Rivera
Dirección General: Juan Francisco Bascuñán
Edición y diseño: Alejandra Figueroa, Hybrido
1ª edición, enero de 2019
© 2019 Planeta Sostenible EIRL
© 2019 Nicolás Candia
Corrección de textos: Francisco Fabres

Impreso en Chile, en los talleres de A Impresores

ISBN: 978-956-8937-88-1

Planeta  **Sostenible**
www.planetasostenible.cl

Planeta  **Sostenible**

NOTA DEL EDITOR

Los cuentos que presentamos aquí fueron rescatados de la primera edición de *Desolación* (Instituto de las Españas, Nueva York, 1922). Se encontraban agrupados en el acápite final: “Prosa escolar; Cuentos”. Por alguna razón que desconocemos —pero que seguramente está relacionada con el histórico desconocimiento de la prosa de Gabriela Mistral—, no hemos encontrado versiones o reimpressiones actuales de ellos.

Lo señalado fue una de las razones de abocarnos a la publicación de estos 5 relatos maravillosos y casi olvidados. Son en sí mismos el corazón poético, político y educativo de Gabriela, que al momento de escribirlos debe haber tenido apenas 20 años.

Aparecieron originalmente entre 1913 y 1914 en distintas revistas y materiales educativos. Incluso, el texto “Por qué las rosas tienen espinas” fue publicado por primera vez en la revista *Elegancias* (París, abril de 1913) dirigida por Rubén Darío.

Para el presente libro hemos considerado la edición original de 1922 y la realizada por la Editorial del Pacífico en 1957. Hemos procedido a actualizar la ortografía a las normas de hoy, pero mantuvimos la puntuación del original, incluyendo casos en que faltaba el signo de exclamación al comienzo de la oración. Solo se corrigieron errores tipográficos evidentes y se agregaron comas en algunos vocativos, de manera coherente con la forma en que están escritos otros segmentos de los mismos cuentos. Cuando en un parlamento Gabriela Mistral usó guión de diálogo y comillas, se dejó solo uno de estos signos.

Agrupamos los cinco textos bajo el título *Secreto Encanto*, frase que la misma Gabriela utiliza en el relato “La raíz del rosal”. Es el secreto encanto que, creemos, vive entre estos cuentos y los hace trascender para llegar a nuestras manos a más de 100 años desde su primera publicación.

Para la actual edición, invitamos al artista chileno Nicolás Candia, quien ha dado un color y una vida completamente novedosa y auténtica a estas narraciones. Escritora e ilustrador comparten talentos extraordinarios, pero especialmente ambos comprenden que la naturaleza en sus múltiples manifestaciones está viva, no solo las plantas y los animales, sino también una charca, el viento, el sol... Una relevante comprensión, que constituye una base sólida para seguir afirmando el derecho de todos los seres sensibles a existir, ser reconocidos y respetados, independientemente de cuánto puedan servir o no al ser humano.

Juan Francisco Bascuñán
Editor

Prólogo

Sin embargo, contar es la mitad de las lecciones; contar es medio horario y medio manejo de los niños, cuando, como en *adagio*, contar es encantar, con lo cual entra en la magia.

Contar, Gabriela Mistral

Sentarse junto a un brasero, mientras la abuela de vez en cuando atiza el fuego y mira de reojo a sus pequeños nietos esperando ansiosos que su vista repase el texto y lea nuevamente los cuentos, es un cuadro mágico y cálido por los presentes en esta rueda junto al calor de la leña. Pero también es la estampa de la memoria de la infancia. Como en los años en que una niña, Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga, crecía junto a su madre y su hermana (la maestra rural por excelencia) en la casa Escuela de Montegrande, a la luz de la vela, sin la tecnología ni los medios con los que hoy cuenta la gran mayoría de las familias, donde lo humano ha ido siendo relegado a segundo plano, en favor de aparatos que cumplen la función de conectarse a la distancia, desfigurar el lenguaje y dejar de imaginar, además de desconectarse con el mundo maravilloso de la palabra. Hemos olvidado la textura de un papel, el suave aroma de un libro, como dice Gabriela: *el sabor de papel impreso entintado*. Poco recordamos lo que es leer haciendo de ello un ejercicio personal e íntimo, en solitario o junto a la abuela, la familia, la escuela, donde las páginas convoquen y remezan los espíritus.

Muchos quisiéramos que cada maestra y maestro encantase con los textos escogidos en la lista “obligatoria” a sus estudiantes, y en la amplia sala de clases hiciera su lectura con voz potente, pero de dulce entonación para dejar a su audiencia ensimismada. Y que en su hogar, el niño, la niña, relaten la historia a sus padres, quienes leerán, despierto el apetito, los mismos cuentos, e intercambiarán, en diálogo fructífero, las impresiones de las historias, sus personajes y cuanto puede despertar en el alma un relato.

Este libro, *‘Secreto Encanto, cuentos de Gabriela Mistral’*, un acierto de Editorial Planeta Sostenible ya desde la elección del título, nos atrae: Gabriela nos habla de encantamiento, ese del que hace responsable a los maestros. Es una oportunidad para recuperar la magia, sus tesoros depositados tras la palabra, reviviendo las historias hilvanadas en sus entrañas. ¿Qué nos dicen hoy *‘¿Por qué las cañas son huecas?’*; *‘¿Por qué las rosas tienen espinas?’*; *‘La raíz del rosal’*; *‘El cardo’*; *‘La charca’*...? ¿Será lo mismo para nuestro sentir y oídos que para el lector de hace décadas?

El encantar es nuestro desafío con las generaciones del presente, tan esquivas para la lectura, por las circunstancias y sus medios; también por las venideras, hijas de las que hoy formamos. Debemos regalarnos el tiempo para redescubrir lo escrito hace decenios

por la maestra que, siendo autodidacta, no escatimó esfuerzos como ávida lectora de los grandes escritores. Desde el escondite de la infancia en el patio de su casa entre las montañas del valle de Elqui, leerá e imaginará cuanto personaje aparezca en los textos. Luego, adolescente, en la ciudad de La Serena, será don Bernardo Ossandón quien le abrirá las puertas de su biblioteca personal. El crecimiento intelectual en su vida irá de la mano de la lectura, los libros serán su tesoro, las puertas a su imaginación, la mano para la formación docente y el impulso para la escritora que un día obtendrá el Premio Nobel. Nadie podría negar, entonces, la importancia de los libros y la lectura en la vida de Gabriela Mistral.

Será por eso que, siendo maestra, escribe y selecciona textos especialmente para niños y mujeres (en México, se edita *‘Lecturas para mujeres’*, en 1923), impulsada por su convicción de que la formación y el desarrollo humano parten del abanico multicolor de la lectura.

Los cuentos de la presente edición son relatos a los que el transcurso de los años ha sumado valor, poco conocidos y redescubiertos para ser presentados con un diseño y colorido que los hacen extraordinarios a la vista de sus lectores. En su edición hay dedicación, frescura, novedad... Y, lo más importante, despierta el interés para seguir deslizando la mirada por cada una de sus páginas para saber con qué vendrá después la contadora. El libro se transforma en una fiesta para la palabra, para el conocimiento de Gabriela Mistral y para formar nuevos lectores: las niñas y niños que recibirán este libro.

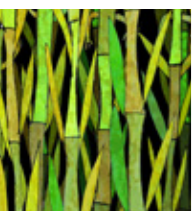
Oriana Victoria Mondaca Rivera

*Escritora
Profesora de Estado*



POR QUÉ LAS CAÑAS SON HUECAS

A don Max. Salas Marchant.



Al mundo apacible de las plantas también llegó un día la revolución social. Dícese que los caudillos fueron aquí las cañas vanidosas. Maestro de rebeldes, el viento hizo la propaganda, y en poco tiempo no se habló de otra cosa en los centros vegetales. Los bosques venerables fraternizaron con los bosquecillos locos en la aventura de luchar por la igualdad.

Pero, ¿qué igualdad? ¿De consistencia en la madera, de bondades en el fruto, de derecho a la buena agua?

No; la igualdad de altura, simplemente. Levantar la cabeza a uniforme elevación, fue el ideal. El maíz no pensó en hacerse fuerte como el roble, sino en mecer a la altura misma de él sus espiguillas velludas. La rosa no se afanaba por ser útil como el caucho, sino por llegar a la copa altísima de este y hacerla una almohada donde echar a dormir sus flores.



¡Vanidad, vanidad, vanidad! Delirio de ser grande, aunque siéndolo contra Natura, se caricaturizaran los modelos. En vano algunas flores cuerdas —las violetas medrosas y los chatos nenúfares— hablaron de la *ley divina* y de soberbia loca. Sus voces parecieron chochez.

Un poeta viejo con las barbas como Nilos, condenó el proyecto en nombre de la belleza, y dijo sabias cosas acerca de la uniformidad, odiosa en todos los órdenes.



¿Cómo lo consiguieron?
Cuentan de extraños influjos.
Los genios de la tierra soplaron
bajo las plantas su vitalidad
monstruosa, y fue así como se
hizo el feo milagro.

El mundo de las gramas y
de los arbustos subió una
noche muchas decenas de
metros, como obedeciendo
a un llamado imperioso de
los astros.



Al día siguiente, los campesinos se desmayaron —saliendo de sus ranchos— ante el trébol, alto como una catedral, y los trigales hechos selvas de oro!

Era para enloquecer. Los animales rugían de espanto, perdidos en la oscuridad de los herbazales. Los pájaros piaban desesperadamente, encaramados sus nidos en atalayas inauditas. No podían bajar en busca de las semillas: ya no había suelo dorado de sol ni humilde tapiz de hierba!



Los pastores se detuvieron con sus ganados frente a los potreros; los vellones blancos se negaban a penetrar en esa cosa compacta y oscura, en que desaparecían por completo.

Entre tanto, las cañas victoriosas reían, azotando las hojas bullangueras contra la misma copa azul de los eucaliptus...



III

Dícese que un mes transcurrió así.
Luego vino la decadencia.

Y fue de este modo. Las violetas,
que gustan de la sombra, con
las testas moradas a pleno sol,
se secaron.

—No importa —apresuráronse a
decir las cañas—; eran una fruslería.
(Pero en el país de las almas, se
hizo duelo por ellas).

Las azucenas, estirando el tallo
hasta treinta metros, se quebraron.
Las copas de mármol cayeron
cortadas a cercén, como cabezas
de reinas.

Las cañas arguyeron lo mismo.
(Pero las Gracias corrieron por el
bosque, plañendo lastimeras).



Los limoneros a esas alturas perdieron todas sus flores por las violencias del viento libre. ¡Adiós cosecha!

—¡No importa —rezaron de nuevo las cañas—; eran tan ácidos los frutos!

El trébol se chamuscó, enroscándose los tallos como hilachas al fuego.

Las espigas se inclinaron, no ya con dulce laxitud; cayeron sobre el suelo en toda su extravagante longitud, como rieles inertes.

Las patatas por vigorizar en los tallos, dieron los tubérculos raquíuticos: no eran más que pepitas de manzana...

Ya las cañas no reían; estaban graves.

Ninguna flor de arbusto ni de hierba se fecundó; los insectos no podían llegar a ellas, sin achicharrarse las alitas.

Demás está decir que no hubo para los hombres pan ni fruto, ni forraje para las bestias; hubo, eso sí, hambre; hubo dolor en la tierra.





En tal estado de cosas, solo los grandes árboles quedaron incólumes, de pie y fuertes como siempre. Porque ellos no habían pecado.



Las cañas por fin, cayeron las últimas, señalando el desastre total de la teoría niveladora, podridas las raíces por la humedad excesiva que la red de follaje no dejó secar.

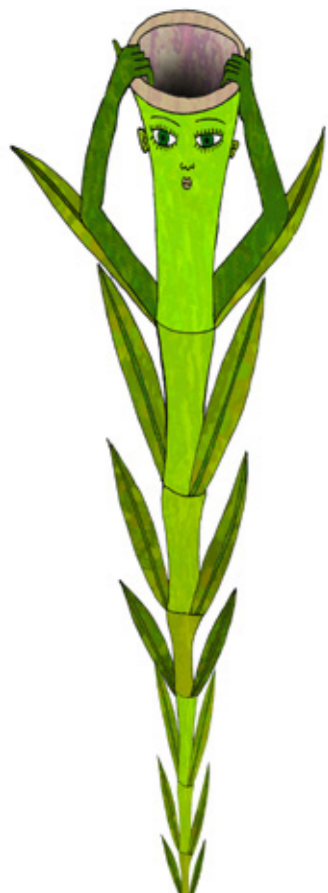
Pudo verse entonces que, de macizas que eran antes de la empresa, se habían vuelto huecas. Se estiraron devorando leguas hacia arriba; pero hicieron el vacío en la médula y eran ahora cosa irrisoria, como las marionetas y las figurillas de goma.

Nadie tuvo ante la evidencia argucias para defender la teoría, de la cual no se ha hablado más, en miles de años.

Natura —generosa siempre— reparó las averías en seis meses, haciendo renacer normales las plantas locas. El poeta de las barbas como Nilos vino después de larga ausencia, y, regocijado, cantó la era nueva:

“Así bien, mis amadas. Bella la violeta por minúscula y el limonero por la figura gentil. Bello todo como Dios lo hizo: el roble roble y la cebada frágil”.

La tierra fue nuevamente buena; engordó ganados y alimentó gentes.



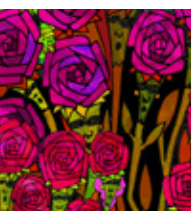
Pero las cañas-caudillos quedaron para siempre con su estigma: huecas, huecas...





Por qué las Rosas
Tienen Espinas

POR QUÉ LAS ROSAS TIENEN ESPINAS

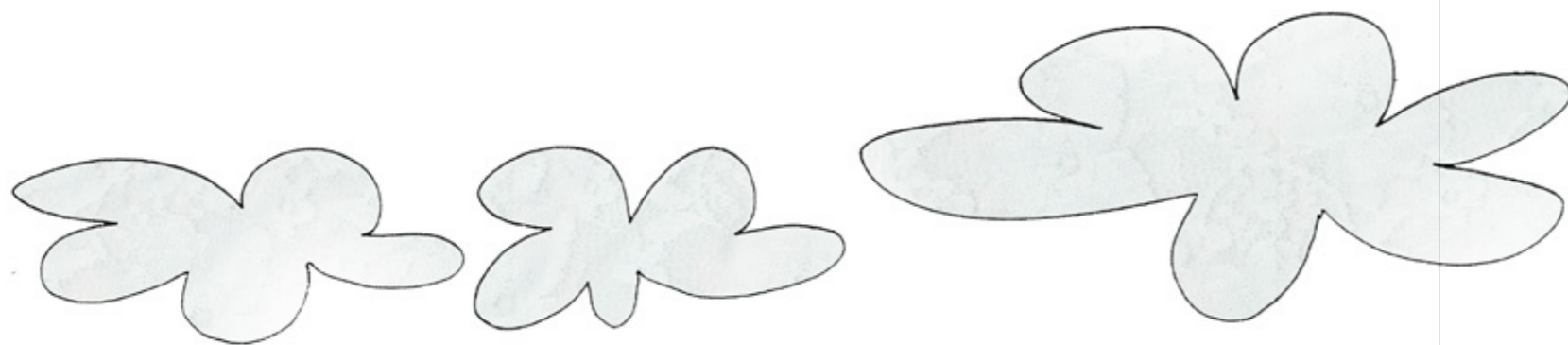


Ha pasado con las rosas lo que con muchas otras plantas, que en un principio fueron plebeyas por su excesivo número y por los sitios donde se las colocara.

Nadie creyera que las rosas, hoy princesas atildadas de follaje hayan sido hechas para embellecer los caminos.

Y fue así sin embargo. Había andado Dios por la Tierra disfrazado de romero todo un caluroso día, y al volver al cielo se le oyó decir:

—**iSon muy desolados esos caminos de la pobre Tierra! El sol los castiga y he visto por ellos viajeros que enloquecían de fiebre y cabezas de bestias agobiadas. Se quejaban las bestias en su ingrato lenguaje, y los hombres blasfemaban. ¡Además, qué feos son con sus tapias terrosas y desmoronadas!**

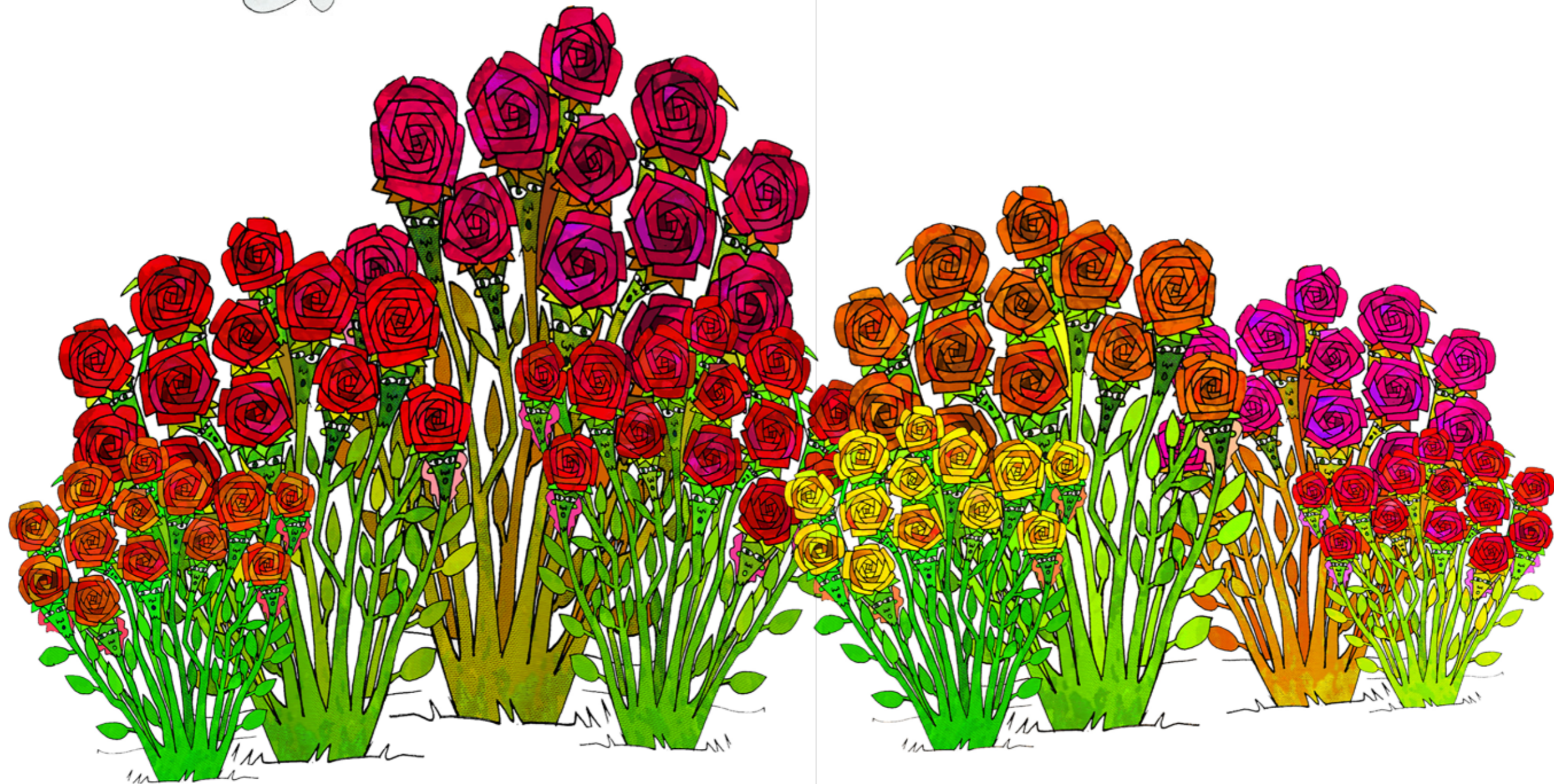
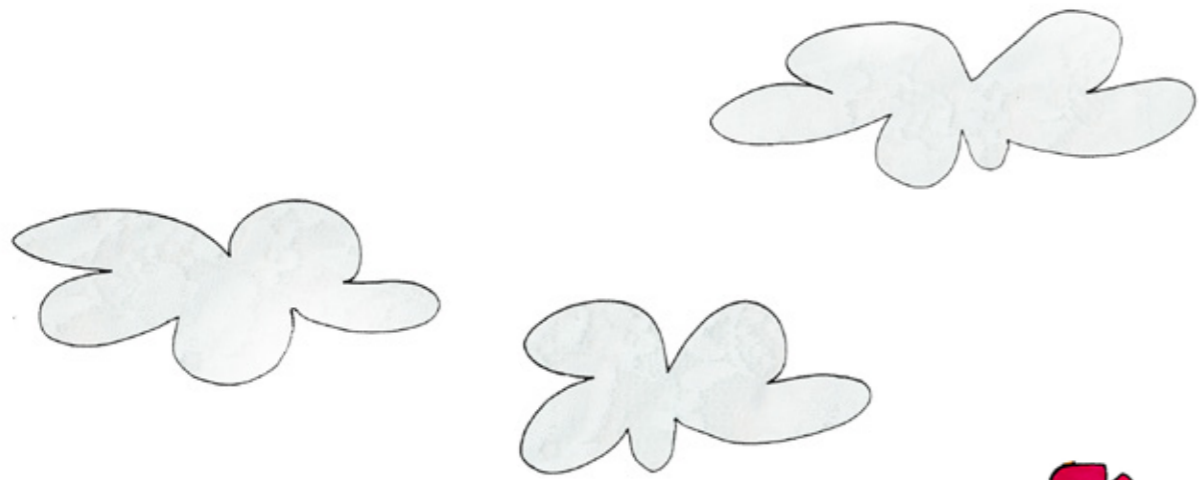


Y los caminos son sagrados, porque unen a los pueblos remotos y porque el hombre va por ellos, en el afán de la vida, henchido de esperanzas si mercader, con el alma extasiada, si peregrino.

Bueno será que hagamos tolderías frescas para esos senderos y visiones hermosas: sombra y motivos de alegría.

E hizo los sauces que bendicen con sus brazos inclinados; los álamos larguísimos, que proyectan sombra hasta muy lejos, y las rosas de guías trepadoras, gala de las pardas murallas.





Eran los rosales por aquel tiempo pomposos y abarcadores; el cultivo, y la reproducción repetida hasta lo infinito, han atrofiado la antigua exuberancia.

Y los mercaderes, y los peregrinos, sonrieron cuando los álamos, como un desfile de vírgenes, los miraron pasar, y cuando sacudieron el polvo de sus sandalias bajo los frescos sauces.

Su sonrisa fue emoción al descubrir el tapiz verde de las murallas, regado de manchas rojas, blancas y amarillas, que eran como una carne perfumada. Las bestias mismas relincharon de placer. Eleváronse de los caminos, rompiendo la paz del campo, cantos de un extraño misticismo por el prodigio.





Pero sucedió que el hombre, esta vez como siempre, abusó de las cosas puestas para su alegría y confiadas a su amor.

La altura defendió a los álamos; las ramas lacias del sauce no tenían atractivo; en cambio, las rosas sí que lo tenían, olorosas como un frasco oriental e indefensas como una niña en la montaña.

Al mes de vida en los caminos, los rosales estaban bárbaramente mutilados y con tres o cuatro rosas heridas.

